

## **El buen samaritano (Lc 10, 25-37)**

**Pbro. Silvio Marinelli Zucalli**

*Todo empieza con la pregunta del letrado: « ¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?» Jesús le contesta que él mismo conoce la respuesta. En efecto, el doctor de la Ley contesta correctamente: amar a Dios y al prójimo. En la narración de «El buen samaritano», Jesús nos explica lo que significa amar al prójimo.*

Un hombre... sin ninguna otra especificación. No se sabe nada de él, si es joven o viejo, judío o pagano, rico o pobre; cómo se llama, qué religión profesa, etcétera. La calificación que tiene es sólo de «hombre», perteneciente a la raza humana. Éste es el único título para merecer asistencia. Tiene necesidad: no es necesario nada más; ¡esto basta!

Los ladrones: existían en los tiempos de Jesús y siempre existen quienes se aprovechan de la situación de inferioridad y debilidad de los demás.

El sacerdote: tiene prisa y, quizá, no quiere contaminarse, para poder celebrar los sacrificios del templo. Parece un buen funcionario, escrupuloso en la observancia legal, olvidándose sin embargo de la misericordia. Para el levita se puede hacer el mismo discurso: «Y dio un rodeo».

El samaritano. Jesús es voluntariamente revolucionario: pone a un hereje como el protagonista.

El posadero: proporciona su servicio a cambio de un pago.

### **Nuestras actitudes**

Una interpretación interesante dice que todos estos personajes están dentro de nosotros. Así, tal vez somos el hombre herido, los malhechores, vez el sacerdote y el levita; el buen samaritano o el posadero. Parece una descripción de nuestra alma, de nuestra personalidad. En nosotros mismos, estamos divididos con tendencias contradictorias. Tenemos que cuidarnos de nuestras dimensiones egoístas y desarrollar las altruistas. No se nace buen samaritano ni se es siempre; tenemos que llegar a serlo día tras día.

### **El Buen Samaritano por antonomasia**

Jesús, en particular por los Santos Padres de la Iglesia de los primeros siglos del cristianismo, ha sido visto como el Buen Samaritano por excelencia: Él bajó del Cielo a la Tierra para acercarse a nosotros y, compadecido, cuidar de la humanidad tirada al lado de la carretera. Él gastó su vida, palabras –gestos-milagros–, para la humanidad decaída. Él llevó a la posada, al herido para que encontrara un hogar y amistad. Él dejó dos denarios, símbolo de los bienes de la Iglesia –la Palabra de Dios y los Sacramentos– para aliviar y sanar al herido. Él prometió: « ¡Volveré!», en el día de su parusía.